



**ESPIRITUALIDAD
SACERDOTAL**

CONGRESO

Comisión Episcopal del Clero

Sesión de apertura:

Cardenal A. SUQUIA, Saludo a los congresistas.

Cardenal A. INNOCENTI, Discurso de apertura.

Mons. A. DORADO, Presentación del Congreso.

Ponencias:

J.M. ROVIRA BELLOSO, Situación socio-cultural y espiritualidad de los sacerdotes.

S. DEL CURA, La sacramentalidad del sacerdote y su espiritualidad.

L. TRUJILLO, Relaciones propias del presbítero y su espiritualidad.

Cardenal C.M. MARTINI, El ejercicio del ministerio, fuente de espiritualidad sacerdotal.

M. LEGIDO, Espiritualidad del seguimiento según el modelo apostólico.

S. GAMARRA, Proceso pedagógico en la espiritualidad sacerdotal.

ESPIRITUALIDAD DEL SEGUIMIENTO DE JESUS SEGUN EL MODELO APOSTOLICO

El mundo, nos bendijo en Él, con todo el amor de su Espíritu. Él nos reunió una inmensa familia de hijos en torno a su Hijo, para amarle como la amo a Él. Para que ellos pudiesen amarle como al hijo de amor. Por eso nos eligió en Él y para Él. Nos agració en el Amado. Para esta gran familia se propuso crear el inmenso hogar de los cielos y de la tierra, con la sabiduría del Hijo de su Amor. Para recapitular todo en Él, para volverlo de la gloria de su gracia (Ef. 1, 3-4).

Cuando los hermanos se cerraron al amor en la desobediencia y en la rebelión, se convirtieron en esclavos y se enojaron. La casa de familia

Este estudio sobre "seguimiento de Jesús según el modelo apostólico" está proyectado dentro del Decreto Presbiterial de Ordenación para la España de los años noventa de la Conferencia Episcopal Española. El estudio se realizará en el seno de la Conferencia Episcopal Española, con el apoyo de la Conferencia Episcopal Española y el apoyo de la Conferencia Episcopal Española. El estudio se realizará en el seno de la Conferencia Episcopal Española, con el apoyo de la Conferencia Episcopal Española y el apoyo de la Conferencia Episcopal Española.

MARCELINO LEGIDO

Sacerdote de la Diócesis de Salamanca

Este estudio sobre "seguimiento de Jesús según el modelo apostólico" está proyectado dentro del Decreto Presbiterial de Ordenación para la España de los años noventa de la Conferencia Episcopal Española. El estudio se realizará en el seno de la Conferencia Episcopal Española, con el apoyo de la Conferencia Episcopal Española y el apoyo de la Conferencia Episcopal Española.

I. COMO EL PADRE ME ENVIO, ASI OS ENVIO YO A VOSOTROS

El camino de la misión parte de las entrañas del Padre. *¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo!* Desde antes de la creación del mundo, nos bendijo en El, con todo el amor de su Espíritu. Quería reunir una inmensa familia de hijos en torno a su Hijo, para amarles como le amó a El. Para que ellos pudieran amarle como el Hijo le ama. Por eso nos eligió en El y para El. Nos agració en el Amado. Para esta gran familia se propuso crear el inmenso hogar de los cielos y de la tierra bajo la cabeza del Hijo de su Amor. Para recapitular todo en El, para alabanza de la gloria de su gracia (Ef. 1, 3-4).

Cuando los hermanos se cerraron al amor en la desobediencia y en la ambición, se convirtieron en esclavos y en enemigos. La casa de familia

¹ Este estudio sobre "seguimiento de Jesús según el modelo apostólico" está proyectado desde el Decreto *Presbyterorum Ordinis*, pues la Escritura se lee en la mesa de la Iglesia, desde su corazón encendido por el Espíritu. PO. III, sec. I-II *Vocación de los presbíteros a la perfección. Exigencias espirituales características en la vida de los presbíteros* ofrece las claves más eclesiales para esta aproximación. Desearíamos hacer una lectura del Nuevo Testamento desde *Presbyterorum Ordinis*, para acabar leyendo *Presbyterorum Ordinis* desde el Nuevo Testamento. Un camino de ida y vuelta que pretende situarnos originariamente bajo la palabra del Señor acogida de forma integral, católica. El ensayo de profundizar los textos en mosaico, permite descubrir los trazos fundamentales del seguimiento apostólico en las distintas tradiciones unidas en íntima sintonía. PO. 12 (cf. 2) subyace a la sección primera sobre la inserción del ministerio apostólico en el misterio pascual. "Como el Padre me envió, así os envió yo a vosotros". PO. 14, subyace al estudio de la caridad pastoral: "Esta copa es la nueva alianza en mi sangre". PO. 15, 16, 17, subyace al estudio de la pobreza, el celibato y la obediencia apostólicas: "Para mí vivir es Cristo y una ganancia el morir". Por fin, PO. 13, subyace al estudio de la dinámica del ministerio que configura la existencia apostólica: "Seréis mis testigos hasta los confines de la tierra". Para una mayor profundización de estas perspectivas, remitimos a nuestro estudio "Conformar la vida con el misterio de la cruz del Señor", en "Espiritualidad del Presbítero Diocesano Secular". Simposio, Madrid 1987. 101-191.

pasó a ser un campo de guerra, atravesado por el muro de separación, la trinchera de la lucha interminable que convierte la tierra en una túnica empapada de sangre (Is. 9, 3-4).

Pero el Padre, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó (Ef. 2, 4; 1 Ped. 1, 3) estando nosotros muertos en nuestros pecados, nos dio al Hijo de su amor para que viviéramos por medio de El (Jn. 3, 16; 1 Jn. 4, 9). Le consagró y le envió al mundo (Jn. 10, 36).

Así, el que estaba vuelto a sus entrañas, Hijo único, resplandor de su gloria, marca de su ser, imagen viva de su amor (Jn. 1, 18; Heb. 1, 3; 2 Cor. 4, 4; Col. 1, 15), se volvió a nosotros desde el Padre en la plenitud de la gracia y de la fidelidad (Jn. 1, 14).

El camino de la misión parte de las entrañas del Padre. Jesús es el Hijo que existe y vive para el Padre. En su seno, en el abrazo común, *"en la unidad del Espíritu Santo"*. *"¿A quién enviaré?"*. Aquí estoy. *"Envíame a mí"* (Is. 6, 8). *"Abbá, Padre"* (Mc. 14, 33), *"glorifica tu nombre"* (Jn. 12, 28). *"Hágase tu voluntad"* (Mt. 26, 42). *"Padre, quiero que donde yo estoy estén también ellos conmigo"*. *"Les has amado a ellos como me has amado a mí"*. *"Para que el amor con que tú me amaste esté en ellos y yo en ellos"* (Jn. 17, 23-26).

Vuelto al Padre, en la absoluta obediencia, Jesús acoge con las manos vacías y abiertas el encargo de la misión: reunir en uno a los hijos del Padre, que estaban dispersos por el mundo (Jn. 11, 52). Es el encargo de su reino: acoger entre sus brazos a todos los hombres en una familia de hijos y hermanos, preparando para ellos el hogar común, la tierra nueva, la mesa compartida donde se sienten todos y los pequeños se pongan los primeros a servir con El.

1. Venid conmigo y os haré pescadores de hombres

El Hijo entregado como siervo se hace a los caminos del evangelio. *"El Reino de Dios se acerca"* (Mc. 1, 14-15b). El Padre me ungió con su amor, para dar el evangelio a los pobres, inaugurando el año de gracia del Señor (Lc. 4, 18-19). Enseguida se acerca a un grupo de pescadores para confiarles la misma misión que el Padre le había confiado a El. *"Venid detrás de mí y os haré llegar a ser pescadores de hombres"*. *"Ellos, al instante, dejando las redes, le siguieron"* (Mc. 1, 16-20; Mt. 4, 18-22; Lc. 5, 1-11; Jn. 1, 31-35).

Les llama a seguirle, con El, detrás de El, sencillamente a compartir su existencia. Incondicionalmente. Dejando familia y trabajo. Para que le conocieran, comulgando con su vida. Ir de una parte a otra detrás de Jesús, en su comunidad, en su camino, al servicio de su proyecto de amor. Llamó a doce como signo de su propósito de convocar a toda la muchedumbre de los hermanos (Mc. 3, 19-23; Mt. 10, 2-4; Lc. 6, 12-16; Hech. 1, 3). Hizo a los doce para que estuvieran con El y para enviarles a

predicar. Por eso poco a poco les iba encargando su servicio. *"Recorría los pueblos del contorno enseñando. Y llama a los doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus inmundos"* (Mc. 6, 6b-7; 12-13). Al principio creyeron que se trataba de "acompañarle". Eso ya era mucho. Caminar detrás de El, caminar con El, pasando por donde El pasaba. Enseguida Jesús les pide algo más: "ayudarle". Colaborar con El, compartir su servicio: curar con El, orar con El, echar demonios con El. Y hasta con iniciativas y riesgos propios, cuando tenían que ir delante de su rostro, de dos en dos, a recorrer los pueblos y aldeas a donde pensaba después ir El.

2. El Hijo del Hombre ha venido a servir y dar su vida

Al avanzar juntos hacia la cruz, Jesús tiene que dedicarse más a ellos, hablándoles hondamente al corazón (Mc. 9, 30-31). Ya le habían descubierto como el Hijo del Padre. *"Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente"* (Mt. 16, 16b) pero aún no le habían descubierto como siervo que se iba a cargar con nuestras culpas y nuestros golpes en el madero de los criminales. Iban camino de Jerusalén. Jesús marchaba delante y ellos sentían miedo (Mc. 10, 32).

Al aparecer en el horizonte el escándalo de la cruz, Jesús les va enseñando que les ha llamado, no sólo a compartir su vida, sino a comulgar en su destino. *"Y comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre tenía que sufrir mucho"*. Y dijo a todos: Vosotros tendréis que perder conmigo. *"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame"* (Mc. 8, 31-34). Hay que entrar al riesgo de perder la vida, y para ello hay que abandonar, hasta el proyecto más radical de serse a sí mismo.

Avanzan en el camino y Jesús les habla, no sólo de perder, sino de servir a muerte. *"El que quiera ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será el esclavo de todos. Pues el Hijo del Hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir y dar la vida en rescate por todos"* (Mc. 10, 41-45). Servir en la figura del siervo para que aparezca al absoluta gracia. En esta figura sufrirá la muerte de expiación en un gesto único del Hijo, gesto exclusivo, imparticipable. Pero en la fuerza de este gesto, ellos también podrán tomar, en comunión de destino con El, el camino de la servidumbre de amor, hasta dar la vida por los hermanos.

Hemos llegado a la cena antes de padecer. La mesa que El ha ido poniendo por los caminos, servida también por ellos (Mc. 6, 30-44; 8, 1-10 p.) está a punto de convertirse en el madero de la cruz. Empieza la hora en la que El les va a confiar su encargo definitivamente. Ya están todos sentados a la mesa, ¿cómo llegar a su corazón para descifrarles y confiarles la misma misión del Padre?

Se pone a lavarles los pies. “¿Quién es el mayor, el que está sentado a la mesa o el que sirve? ¿No es acaso el que está sentado a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (Lc. 22, 27). Les estaba ya amando hasta el extremo. “Se levanta de la mesa, se quita el manto y tomando una toalla, se la ciñó. Luego echó agua en una palangana y se puso a lavar los pies de los discípulos” (Jn. 13, 4-5).

Y mientras estaban comiendo, tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio y dijo: “Tomad, esto es mi cuerpo”. Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio y bebieron todos de ella. Y les dijo: “Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por todos” (Mc. 14, 22-25; Mt. 26, 26-29; Lc. 22, 15-20; 1 Cor. 11, 23-35). “Haced esto en memoria mía” (1 Cor. 11, 25). “Yo, por mi parte, dispongo un reino para vosotros, como el Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis en mi reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Lc. 22, 29-30).

En la travesía de la cruz, la catástrofe les envolvió. Ellos pretendían asegurarse a sí mismos y se separaron de sus manos. Todos se marcharon. Así aparece con toda claridad que la misión apostólica es un regalo en las manos extendidas del Hijo, en el paso de amor de su cruz victoriosa. En la pascua se entrega y se desvela la plenitud de su amor. El entronizado restablecerá graciosamente el seguimiento apostólico. La victoria será suya entera.

3. Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra

Se presentó en el cenáculo cuando tenían cerradas las puertas. Se puso en medio de la mesa. Les mostró las manos y el costado con las heridas del amor. Y les dijo: “Como el Padre me envió, también yo os envío. Dicho esto, alentó sobre ellos y les dijo: «Recibid al Espíritu Santo»” (Jn. 20, 19-23).

La mesa de pascua es el lugar donde se da y se revela todo su misterio. El es el Primogénito, entregado como siervo y entronizado como Señor. El es el Hijo enviado a nosotros, entregado por nosotros y entronizado sobre nosotros. Toda la misericordia del Padre, aparecida en El, en el aliento del Espíritu Santo. La pascua corta los tiempos e inaugura la nueva creación, anticipando la parusía.

a) En la Pascua, le vieron que venía desde más arriba, de la derecha del Padre

“¿Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado? Ha sido resucitado” (Mc. 16, 6-7; Mt. 28, 5-7; Lc. 24, 5-7). Ha sido pasado de la muerte a la vida. Ha sido puesto a la derecha del Padre, y a la cabeza nuestra, en la mesa y en el camino. Se hizo obediente, hasta la muerte y muerte de cruz. Por eso el Padre le agradó con el nombre sobre todo nombre, para que al nombre

de Jesús caigan de rodillas todos los seres en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese: ¡Jesús, Cristo, Señor! para gloria de Dios Padre (Fil. 2, 6-11). Efectivamente, el Padre todo lo sometió bajo sus pies y le dio como cabeza del universo a la Iglesia que es su cuerpo, la plenitud del que lleva todo a plenitud (Ef. 1, 19-23). Por eso se presentó a ellos y les dijo: *"Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra"* (Mt. 11, 27).

Se ha inaugurado el señorío de Cristo, en su Iglesia para el reino del Padre. Jesús proclamaba por los caminos: *"Ha llegado el reino"*. Ahora proclaman los apóstoles: *"Jesús es el Señor"*. Pedro proclama: *"Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado"* (Hech. 2, 32-33-36). Y Pablo pregona que del mismo modo que en Adán murieron todos, todos en El volverán a la vida, pues El es las primicias de entre los muertos. *"Porque él tiene que reinar"*, hasta que ponga a sus enemigos bajo sus pies y al fin entregue el reino al Padre (1 Cor. 15, 20-22; 25-27).

Ha aparecido el reinado de la absoluta gracia, de la entera novedad. El Hombre Nuevo que inicia la nueva humanidad, para hacer germinar la nueva creación. En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, el reinado de la gracia se inauguró por el Hijo obediente, y donde abundó el pecado sobreabundó la gracia. Allí mismo, donde reinó el pecado en la muerte, reina la gracia para la justicia, en la vida eterna, por Jesucristo nuestro Señor (Rom. 5, 15-21).

La experiencia pascual, por tanto, es la experiencia de su primacía. El Unigénito se ha convertido en el Primogénito, el *"primogénito entre muchos hermanos"* (Rom. 8, 29), el *"primogénito de toda la creación"* (Col. 1, 15), el *"primogénito de entre los muertos"* (Apoc. 1, 5).

b) *En la Pascua, además, le vieron que avanzaba más hacia adelante, atravesando la historia para llevar el universo a su plenitud*

La experiencia pascual es, no sólo la experiencia de la primacía, sino también de la totalidad. La misión aparecida desde la altura, se abre hacia la anchura. El está a la cabecera de la mesa para reunir a todos los hermanos en su Iglesia y a través de su Iglesia, llevar el universo a plenitud. El está, pues, de paso en la mesa pascual.

Ya está hecho el corro, pero faltan muchos hermanos. Ya está puesta la mesa, pero hay que agrandarla hasta los extremos de la tierra. Ya está empezada la senda, pero hay que abrir el camino entero hasta el hogar del Padre. Le vieron pasando hacia la recapitulación, pues estaba a la cabeza del universo en la Iglesia.

Al pasar les tomó de la mano, enviándoles. *"Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda la creación"* (Mc. 16, 15). *"Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre y*

del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado" (Mt. 28, 19). "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra" (Hech. 1, 8). Desde la primacía descubrieron su encabezamiento. Estaba sobre ellos. Pasaba delante de ellos. De la altura a la anchura de su gracia irrastreable.

c) *En la Pascua, por fin, le vieron caminando por las mismas huellas de su ultimidad*

El Señor, al avanzar delante, no abre otra senda distinta de la que venía abriendo al caminar por Galilea. "Mirad mis manos y mis pies, soy yo en persona" (Lc. 24, 39; Jn. 20, 20-25). En las manos y en los pies los agujeros de los clavos. En el pecho la herida del costado. Así camina ahora en medio de ellos.

Son los pies heridos de aquel que bajó a las partes más bajas de la tierra (Ef. 4, 9) para poner su tienda entre nosotros (Jn. 1, 14), tienda de los pobres, tienda del encuentro, tienda del éxodo; aquel que una vez en la tienda, en admirable intercambio, siendo rico se hizo pobre por amor nuestro, para enriquecernos con su pobreza (2 Cor. 8, 9); aquel que en insonsable identificación con nuestro barro frágil y manchado, llegó a ser palabra encarnada, Hijo en la figura del esclavo (Jn. 1, 14; Fil. 2, 6-8).

El Señor ahora continúa con sus pies heridos, aquel camino que atravesaba pueblos y aldeas, anunciando con las entrañas conmovidas el evangelio a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo (Mt. 9, 35-36; Lc. 4, 18-19). En el pequeño camino que hizo en un rincón último de la tierra, abrió la senda entera. Las huellas de su encarnación, que fue humillación, vaciamiento, peregrinación, crucifixión, han hecho camino al andar. Han diseñado el camino para que sigamos sus huellas (1 Ped. 2, 21).

Al pasar de la primacía sobre nosotros, al encabezamiento delante de nosotros, lo hace de nuevo en medio de nosotros, por Galilea (Mc. 16, 7), en la senda nuestra, situada y pequeña, pero abierta desde la hondura de su gracia. El resucitado y entronizado es el encargado, el peregrino, el crucificado.

El camino apostólico se implica profundamente en el misterio pascual (2 Cor. 5, 19; 6, 2). Los apóstoles en la mesa de pascua han visto al Señor y han llegado a ser sus testigos. Pero al instante han sido enviados en su misma misión para hacerse El mismo presente en su representación. Testigos enviados, representantes. El les ha tomado de la mano para que estén a la cabeza de la mesa con El, a la brecha del camino con El, pisando en las mismas huellas de El. Ellos son la representación del Señor y por ello la representación de su Iglesia y la representación de su reino. Pero son germen y diseño de la iglesia y del reino por ser la representación del que está sobre nosotros, en su primacía, del que camina entre

nosotros por su ultimidad, del que avanza delante de nosotros por su encabezamiento².

El carisma apostólico de los doce es el carisma de "su primacía", de la altura de su gracia (*representatio Christi primogeniti*); el carisma de "su ultimidad", de la hondura de su gracia (*representatio Christi crucifixi*); el carisma de "su totalidad y plenitud", de la anchura de su gracia (*representatio Christi Pastoris et Capititis*). El Señor Jesús, en sus apóstoles, a la cabeza del universo en la Iglesia (Iglesia local, Iglesia universal), por las pequeñas sendas de su encarnación (esta tierra, esta historia), hacía la travesía de la tierra entera para llevar a la humanidad y al cosmos a su plenitud. En alabanza a la gloria de la gracia del padre.

4. En la mesa se les alentó su Espíritu

El encuentro pascual donde el Señor acoge y envía a los apóstoles, se consuma cuando El les alienta el mismo aliento de sus entrañas, su Espíritu Santo. El Señor se hace presente (Mt. 28, 20b; Mc. 16, 20) en el Espíritu. El mismo es el Espíritu (2 Cor. 2, 17). El mismo aliento que el Padre alentó en El, El se lo alienta a ellos (Lc. 24, 49; Hech. 1, 8; Jn. 20, 23).

El Señor les comparte su aliento. El mismo, en El y en ellos. Por el Espíritu, El está en ellos y ellos en El. Por el Espíritu El camina en ellos para llevar adelante el encargo del Padre. El Espíritu les unge, les marca, les autoriza, les acredita, les ilumina, les fortalece, les conduce. Su carisma es la *diakonía del Espíritu*, la diakonía de la nueva alianza en la nueva creación (2 Cor. 3, 4-6). La *representatio Christi Capititis* sucede, pues, *in unitate Spiritus Sancti*.

Ahora se comprende cómo la llamada a la santidad de los presbíteros nace de lo más hondo de su carisma y de su diakonía. El Hijo del Amor, a quien el Padre santifica y envía al mundo, ha consumado su encargo en la Pascua. Por su pasión entra en su gloria. De la misma manera los presbíteros, cuyo carisma se implica tan profundamente en el misterio pascual, han sido "enviados por Cristo" y "consagrados por la unción del Espíritu Santo" para "entregarse totalmente al servicio de los hombres, y de esta forma pueden caminar hacia el hombre perfecto, en la santidad con que han sido enriquecidos en Cristo" (PO. 12. cf. PO. 2).

Llamados todos a ser perfectos, como lo es el Padre celestial (Mt. 5, 48), los sacerdotes están obligados por motivo especial a adquirir aquella perfección. Consagrados a Dios de una forma nueva, son instrumentos

² Hemos de ensayar una profundización en la teología del ministerio desde la implicación entre misterio pascual y carisma apostólico. Esta perspectiva nos permite asomarnos a la compleja significación de la *representatio Christi Capititis*. A la espera de nuevas reflexiones. Tal vez podríamos hacer este balance provisional de los atisbos alcanzados que necesitan, a su vez, revisarse y acrisolarse en el diálogo compartido.

vivos del sacerdote eterno para proseguir a través del tiempo su obra de salvación. Al representar la persona del mismo Cristo, su mismo servicio en favor del pueblo santo, les abre camino en medio de la debilidad a asemejarse de forma más adecuada al Pontífice Santo e inocente, Cristo, que es la vida misma de los apóstoles (PO. 12).

II. ESTA COPA ES LA NUEVA ALIANZA EN MI SANGRE

El aliento de la santidad apostólica es la caridad pastoral. *"En realidad, Cristo, para cumplir indefectiblemente la misma voluntad del Padre en el mundo, por medio de la Iglesia, obra por sus ministros. Por ello permanece siendo el principio y la fuente de la unidad de vida de éstos."* Por consiguiente, los presbíteros *"conseguirán la unidad de su vida uniéndose a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre y en la entrega de sí mismos por el rebaño que se les ha confiado"* (PO. 14). El Concilio ha llamado a este aliento de amor la "caridad pastoral". Podemos hacer una aproximación a su desciframiento desde los textos del Nuevo Testamento.

Cuando nos adentramos en la intimidad del Señor nos encontramos un último latido y un único gesto: *"Padre, aquí estoy. Por ellos. En alabanza a la gloria de tu gracia"*. Es un grito de obediencia de inmolación para la glorificación. Vuelto al Padre, como siervo humilde, acoge por entero su misericordia y por entero nos la entrega a nosotros. En primer lugar el Hijo existe en la absoluta obediencia. *"Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra"* (Jn. 4, 4). *"El Hijo no puede hacer nada por su cuenta sino lo que ve hacer al Padre"* (Jn. 5, 19). *"Yo no hago nada por mi cuenta, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado"* (Jn. 5, 30; 8, 26-38; 12, 49-50).

1. Al verlos se le conmovieron las entrañas

La obediencia le arrastra a la entrega. *"Esta es la voluntad del que me ha enviado, que no pierda nada de lo que me dio"* (Jn. 6, 38-40). El hambre y sed de su voluntad es el aliento que le hace darse por los hermanos, para reunirlos en el rebaño de su amor. *"Yo conozco a mi Padre y doy la vida por las ovejas"*. *"Por eso me ama mi Padre, porque doy mi vida. Nadie me la arranca, soy yo mismo el que la doy. Este es el encargo que he recibido de mi Padre"* (Jn. 10, 15-17-18). *"Ha de saber el mundo que amo al Padre y que obro según el Padre me ha mandado. Vámonos de aquí"* (Jn. 14, 31).

El Hijo obediente, se vuelve a nosotros, como hermano misericordioso, lleno de ternura y de fidelidad (Jn. 1, 14). *"Jesús recorrió los pueblos y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando la buena noticia del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. Al ver a la muchedum-*

bre, se le conmovieron las entrañas por ellos, porque estaban despojados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor" (Mt. 9, 35-36).

Entrañas de amor las tienen los padres y las madres que les duelen los hijos. En el evangelio, el verbo "doler las entrañas" se dice solamente del Padre de Jesús. El proclama que esto siente el Padre cuando ve a los hijos que están perdidos. Esto fue lo que sintió el padre misericordioso cuando vio volver al hijo extraviado (Lc. 15, 20) y el rey misericordioso, cuando se le acerca el siervo con un peso de deuda tan grande (Mt. 18, 27). Este mismo dolor de amor es el que siente él por los caminos, cuando ve a los hermanos destrozados por la culpa, el dolor y la muerte (Lc. 10, 33; Mt. 20, 34; Mc. 1, 41; Lc. 7, 13).

La caridad pastoral, pues, es un vuelco del corazón: el amor entrañable del Padre por nosotros, aparecido en él; las entrañas mismas del Padre, que se han abierto, se han aparecido, y se han derramado sobre nosotros. Estas palabras dichas por Jesús, expresan su filiación y su mesianidad. En él, sólo en él, se nos ha dado la inmensa misericordia del Padre. Y se le conmueven las entrañas, porque nosotros somos sus entrañas. Es un dolor de amor. Ve nuestro dolor porque nos ama. Es su amor el que ve y por eso al vernos se aviva más su amor y su dolor. El será, pues, el buen samaritano que no puede pasar de largo ni dar un rodeo (Lc. 10, 31-33).

El Hijo, al avanzar como pastor para reunir a los hermanos y sentarles a la mesa, siente dolor en sus entrañas, al ver a la muchedumbre (Mc. 6, 34; 8, 2; cf. Mt. 9, 36; 14, 4; 15, 32). "*Estaban despojados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor*". Son palabras que evocan la conducta de los dirigentes del pueblo que les han saqueado y despojado, pero luego les han echado fuera y les han tirado al suelo, dejándolos en la opresión y en el desvalimiento. Jesús siente la ternura del Padre por ellos. Sobre todo cuando ve que ellos mismos en esta situación se han cerrado en el más enérgico individualismo, que sólo conoce las propias alegrías y las lágrimas propias. "*Todos nosotros andábamos errantes cada uno siguiendo su camino*" (Is. 53, 6). "*Erais como ovejas descarriadas*" (1 Ped. 2, 25).

Los hermanos, despojados y oprimidos, son "*ovejas perdidas*" (Mt. 10, 6), "*ovejas que no tienen pastor*" (Mc. 6, 34b). Se han desperdigado en el día de la oscuridad y de los nubarrones. "*Al no tener pastor, se desperdigaron y fueron pasto de las fieras salvajes. Mis ovejas se desperdigaron y vagaron sin rumbo por montes y altos cerros; mis ovejas se desperdigaron por toda la tierra sin que nadie las buscara siguiendo su rastro*" (Ez. 34, 5-6). Esta era la suprema desgracia. "*Habló Moisés al Señor y le dijo: Que el Señor Dios de los espíritus de toda carne, ponga un hombre al frente de esta comunidad, uno que salga y entre delante de ellos y que les haga salir y entrar para que no quede la comunidad del Señor como rebaño sin pastor*" (Num. 27, 15-17; Judit. 11, 19; 2 Crón. 18, 16; 1 Rey. 22, 17).

El camino se abre, pues, desde la misericordia de sus entrañas, que

alumbraba sus ojos y guía sus pasos. No tienen Padre. No tienen familia. No tienen casa. No tienen mesa. Ninguno, y menos aún los pequeños. Todos tirados en la tierra de las sombras de la muerte (Mt. 4, 16). En el arranque de este amor de las entrañas, Jesús hace la llamada a los apóstoles. Hacen falta manos para convocarlos, acogerlos y acompañarlos. El quiere comunicarles este amor de su corazón, para que puedan compartir su encargo en el camino.

“Entonces dice a sus discípulos: «La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies, que envíe obreros a su mies»”. “Y llamando a los doce discípulos les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y para curar toda enfermedad y toda dolencia” (Mt. 9, 37; 10, 1).

Hemos descubierto en su manantial la caridad pastoral, la “misericordia del Primogénito”, es la “caridad del pastor”, el amor entrañable del Padre que acoge en sus entrañas y desmesuradamente nos ofrece. Amor único que se desentraña en la cruz y se nos entrega en la mesa.

2. **Traspasado, de su costado salió sangre y agua**

Ahora nos encontramos con María y el discípulo amado bajo la sombra de la cruz, la hora de la consumación y el desbordamiento de su amor. *“Habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn. 13, 1). “Sabido Jesús que todo estaba cumplido, para que se cumpliese la Escritura dijo: “Tengo sed” (Jn. 19, 29). La sed de cumplir la voluntad del Padre en la absoluta obediencia, convertida en absoluta entrega, se consume precisamente en el rechazo de los hermanos. “Cuando tomó Jesús el vinagre dijo: “Todo está consumado”. E inclinando la cabeza entregó el Espíritu” (Jn. 19, 30). El aliento de Amor de sus entrañas, es el Espíritu Santo, que alienta en el pan partido y en la sangre vertida en la mesa pascual. “Uno de los soldados le atravesó el costado y al instante salió sangre y agua. Todo esto sucedió para que se cumpliese la Escritura: “No le quebraron un hueso”. Y también otra Escritura dice: “Mirarán al que traspasaron” (Jn. 19, 34-36).*

Ya tenemos sobre la mesa la caridad pastoral del que es al tiempo primogénito y siervo, pastor y cordero, sacerdote y víctima. En efecto, *El Señor Jesús, la noche en que fue entregado tomó pan y después de dar gracias lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo que se da por vosotros”. Asimismo, también la copa después de cenar diciendo: “Esta copa es la nueva alianza en mi sangre, cuantas veces la bebiéreis, hacedlo en recuerdo mío. Pues cada vez que comáis este pan y bebáis esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga” (1 Cor. 11, 23-26; Mc. 14, 22-25; Mt. 26, 26-29; Lc. 22, 14-15).*

El mismo se entrega a sí mismo, en todo su ser, con todo su amor. *“Por vosotros”*. En inmolación de representación. En el gesto único de la

expiación. Esta entrega es la alianza del Padre, todo su propósito de amor, que se concentra y consume. Es *"alianza nueva"* porque ha sucedido en la sangre del Hijo. Según la palabra profética, toda la promesa de la alianza, se iba a consumir en el siervo entregado como aurora de la nueva creación. Ahora es el Hijo, entregado a muerte el sello de la alianza y el don de la alianza. Alianza es palabra que expresa el misterio del reino, su mesa y su camino.

Ahora ya tenemos el reino inaugurado en la mesa para el camino. La alianza en manos del Hijo hecho pecado por nosotros es así el comienzo de la nueva creación. Lo viejo ya pasó. He aquí que todo es nuevo (2 Cor. 5, 17; Gal. 6, 15). La alianza nueva es pues la inauguración del Reino del Padre en el señorío del Hijo crucificado. Hombre nuevo, germen y diseño de la nueva humanidad para la nueva creación. Hemos estrenado la nueva libertad, la nueva justicia, la nueva verdad, la alegría nueva. Para todos los hombres y para todas las criaturas. Por eso el Señor se levanta de la mesa para ir al camino como cabeza y pastor que va a reunir a toda la humanidad y recapitular a toda la creación.

Es este mismo aliento de la misericordia del Primogénito, que es la caridad del Pastor, el que pasa a los presbíteros en la mesa de la eucaristía. El Señor les pasa a las entrañas su mismo amor, para que partan su pan a la cabecera de la mesa y lleven el cayado en la brecha del camino. *"Esta caridad pastoral fluye sobre todo del sacrificio eucarístico, que se manifiesta por ello como el centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que lo que se efectúa en el altar lo procure reproducir en sí el alma del sacerdote"* (PO. 14). Ahora es cuando se comprende en toda profundidad que *"pastorear el rebaño del Señor es un oficio de amor"* (Agustín, Tract. in Ioan. 123, 5).

3. La comunión en su vida "estando con él"

Aún nos queda una pregunta: ¿Cómo pueden los presbíteros acoger la caridad pastoral que mana de la eucaristía para conformar su vida con el misterio de la cruz del Señor, imitando lo que conmemoran? PO. 14 responde sencillamente: *"no puede conseguirse si los mismos sacerdotes no penetran cada vez más íntimamente por la oración en el misterio de Cristo"*. Para que los apóstoles acojan este amor del Señor, han de *"estar con él"*, dice Marcos; más aún, han de *"estar en él"*, dice Juan; más todavía, han de *"ser en él"*, dice Pablo. Sus testimonios nos ayudan a descifrar el texto conciliar desde el evangelio, su último transfondo.

"Instituyó a los doce, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar" (Mc. 3, 13). Todo lo que son y lo que hacen se funda en el estar con él. Tienen que estar con él, en primer lugar, para descifrar su misterio. El quiere que ellos estén junto a él, en presencia física y actual. El decide soberanamente esta comunión. Todo parte de él y se concentra en su

persona. Tienen que estar junto a él, escuchando sus palabras y viendo sus signos, para descifrar su misterio, pues el misterio del Reino es El mismo en persona.

En segundo lugar, han de estar con él para vincularse a su misterio. Pasar de espectadores asombrados, a compañeros del riesgo. Ante el escándalo de la cruz, comprenden que compartir su camino es compartir su destino. Estar con él, no sólo para el aprendizaje atento y la disponible servicialidad. Es para allegarse a él, para creer en él, para ponerlo todo en él, en la absoluta vinculación a su persona. Por fin tienen que estar con él, para dejar que pase el misterio, porque en la pascua ellos pasan a ser sus testigos y enviados. Han sido formados y moldeados por él y son como el entorno suyo que le descifra enteramente. Son las huellas de Jesús provocación para que todos le acojan en inmolación pascual e irrompible.

4. El discípulo en la mesa sobre el pecho de Jesús

Juan subraya que además de estar con él, hay que estar en él. Por eso la figura del discípulo a quien Jesús amaba, es la figura paradigmática del apostolado. *"Uno de los discípulos, el que Jesús amaba, estaba a la mesa, al lado de Jesús"* (Jn. 13, 23). En el seno de Jesús, como él está en el seno del Padre (Jn. 1, 18). Sin duda esta expresión da a entender que lo mismo que el Hijo descansa en el regazo del Padre, así descansa el discípulo en el pecho de Jesús. Que el discípulo amado es el confidente de Jesús; el único que conoce su misterio, el único que puede revelarlo.

El discípulo amado se recostó en su pecho en la mesa. Allí en el pan partido vive en el Señor y el Señor en él. *"Lo mismo que el Padre que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me come vivirá por mí"* (Jn. 6, 56-57). En esta profunda comunión se ve amado y entregado en el mismo amor del Hijo. Por acoger este amor con un corazón entregado, fue el único que pudo hacer la travesía pascual silenciosamente, pasando de la mesa al tribunal y al madero, llegando así a ser el hermano de confianza al que Jesús le abrió su interior. El discípulo, al dejarse amar, pudo asociarse estrechamente con María a la exaltación de la cruz (Jn. 19, 25-26). Fue él quien vio el costado abierto y así puede ser el exégeta de la consumación del amor. *"Quien lo vio es el que da testimonio"* (Jn. 19, 35). Por eso proclama la exaltación del Señor en el amanecer de la resurrección. *"El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: "es el Señor"* (Jn. 21, 7). Es así como deja que el Señor pase a ellos y que ellos pasen a él, para hacer el corro de la Iglesia en la mesa del reino, puesta sobre la arena al despuntar la aurora. Por esta íntima vinculación, el discípulo amado le acompañará siempre que los caminos de la misión, hasta que vuelva, siendo el diseño de la inserción viva del apóstol en las entrañas de su Señor.

La comunión de vida con el Señor, debe alcanzar, según sugiere Pablo, una profundidad insondable. No basta con recostarse en el pecho de Jesús, hay que existir en sus entrañas. *"El que se allega al Señor, se hace un Espíritu con él"*. Existir por Cristo, con El y en El, en la unidad del Espíritu Santo. *"Vivo yo, pero ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí; la vida que al presente vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a la muerte por mí"* (Fil. 2, 20).

Vivir de su mismo Espíritu es vivir en sus entrañas. Este milagro hace posible el amor a los hermanos con las entrañas de Cristo. *"Testigo me es Dios de cuanto os amo a todos vosotros en las entrañas de Cristo"* (Fil. 1, 8). Los hermanos se convierten en nuestras entrañas (Film. 12). La Iglesia, nuestras entrañas, la humanidad y el universo, nuestras entrañas. Y lo mismo que se rompe el cuerpo del Señor, incorporándose así a la Iglesia, con la fuerza del amor de sus entrañas, se rompe el cuerpo de los apóstoles para ayudar a los hermanos a que se hagan cuerpo de aquella cabeza y miembros unos de otros para la vida del mundo. *"Ahora me alegro por los padecimientos que sufro por vosotros y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia, de la cual he llegado a ser servidor"* (Col. 1, 24-25).

Ahora comprendemos, al ultimar nuestra aproximación a la caridad pastoral, que para existirla buscando la voluntad del Padre, hay que identificarse con la misión evangélica de la Iglesia. En el corazón de los apóstoles, no se puede separar la fidelidad a Cristo, el Señor, de la fidelidad a la Iglesia, que es su cuerpo. La caridad pastoral, que se nos entrega en la mesa y que se acoge en la intimidad del Señor, exige a los presbíteros, para no correr en vano (Gal. 2,2), trabajar en vínculo de amor con los obispos y con otros hermanos en el sacerdocio. *"Obrando así hallarán los presbíteros la unidad de la propia vida en la misma unidad de la misión de la Iglesia, y de esta suerte se unirán con su Señor y por El, con el Padre, en el Espíritu Santo, a fin de llenarse de consuelo y rebosar de gozo"* (2 Cor. 7,4) (PO 14).

III. PARA MI LA VIDA ES CRISTO Y UNA GANANCIA EL MORIR

¿Que ocurrirá cuando los apóstoles estén alcanzados así por Cristo Jesús? Pues que su seducción les arrastrará a la libertad de la pobreza, de la virginidad y de la obediencia consagradas (PO. 15-16-17).

1. La ganancia de antes convertida en basura

"El Reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo que al encontrarlo un hombre vuelve a esconderlo, y por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo" (Mt. 13, 44).

Por la alegría, cuando la gran alegría que sobrepasa toda medida embarga a un hombre, alcanza y subyuga lo más profundo de su ser. Todo palidece ante el brillo de lo encontrado. Ningún precio parece demasiado alto. La entrega insensible de lo más precioso se convierte en algo puramente evidente. El hombre ha sido seducido por el hallazgo que le invade de alegría.

Esta experiencia originaria de la seducción de Jesús, está descrita por Pablo con los rasgos más vigorosos. *"Lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas y las tengo por basura para ganar a Cristo y ser hallado en él... Conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos, configurándome con él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos"* (Fil. 3, 7-11).

La conversión a él es en primer lugar un milagro de su gracia. *"Mas cuando Aquel que me separó de las entrañas de mi madre y me llamó por su gracia tuvo a bien revelar a su Hijo en mí, para que lo anunciara a los gentiles, al punto... me marché"* (Gal. 1, 15-17). El Padre le pasó a manos de su Hijo. Fue su beneplácito. Por pura iniciativa suya. Una llamada de su gracia que le agració en el Amado. Le dio a conocer a su Hijo, el crucificado Señor de la gloria. El asombro de que el apóstol esté asociado a su Hijo, para que pase por él la fuerza de su gracia.

Cuando Pablo miró a Jesús, después que el Padre alumbró los ojos de su corazón y le pasó a él, su corazón quedó seducido y sobresaltado. Jesús ha muerto por todos. Ha muerto de amor por mí. Este inmenso amor es una fascinación, una seducción, una atracción que amenaza con ser irresistible. Después de haberle conocido, ¿cómo poder vivir para sí? Ya sólo fuera de sí, ya sólo para El.

Pablo iba corriendo en el estadio del mundo, en la "carrera del serse", la aventura de su plenitud. Había tomado como pista la ley de su pueblo y la había puesto en el centro de su corazón. Buscaba ser intachable en su justicia. Corría aventajando a todos, arrogante ante el Señor y despreciando a los hermanos que quedaban tirados al margen del estadio. En esto pasó junto a él el Crucificado. Desde más atrás y más adelante. Pablo le vio en su increíble pasión de amor. El Señor le alcanzó y se puso delante. Pero tuvo a bien tomar al apóstol de la mano. *"Yo mismo fui alcanzado por Cristo Jesús"* (Fil. 3, 12).

Cuando el Padre le pasó a sus manos y el mismo Primogénito le estrechó las suyas, su corazón saltó de alegría. El Señor le convirtió a El. Ya no podrá vivir para sí, le hizo vivir para El, arrojando fuego en sus entrañas, le sacó fuera de sí. La aventura de su autonomía tan propia de un hombre griego, se esfumó de sus manos. Fue un cambio en las raíces de su ser. Ser para él; sólo para él, exclusivamente para él, totalmente para él.

Esta pasión de amor capacita para darse por entero al que nos ama

sobre toda medida. Todo hombre lleva en la mochila un libro de cuentas donde apunta pérdidas y ganancias. Al apóstol se le cambió el libro. Lo que antes era una ganancia ahora es una pérdida. Al principio sólo algunas cosas, después, poco a poco, todas. Todo pérdida y basura para quedarse sólo con él y comulgar en sus padecimientos con la fuerza de su resurrección. El tesoro del reino se nos entrega en las manos del Cristo pascual. Es él mismo. En aquel momento, inundado de alegría, se siente más libre que nunca. El conocimiento de la gracia de Cristo, gracia inmensa e irrastreable, este conocimiento amoroso que nace de su amor y a su amor seduce nos regala la libre libertad, la libertad que nos ganó Cristo (Gal. 5, 1).

Pablo, al tiempo acentúa la determinada determinación, el dejarlo todo en todo para quedarse sólo con él. Habla el lenguaje del todo y de la nada. Dejarlo todo sin reservarse nada. Arrancarse de sí mismo para ponerse en manos de su Señor. Es la absoluta obediencia de la fe, pero no como una conquista prometéica, sino como la respuesta humilde, decidida y entera a su gracia. Es decir, a Jesús: "*Señor mío y Dios mío*". "*Mi Señor*" con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. Romper con todo con alegría, como se tira al basurero la basura ya podrida y vieja para que el corazón esté más vacío para el desbordamiento de su gracia a los hermanos. Y esto como una aclamación sin reservas al Señor que nos ha tomado de la mano.

Hemos encontrado la experiencia originaria en donde se esconde el secreto de la pobreza, la virginidad y la obediencia consagradas, que queremos describir prestando la voz a las palabras del Señor, recogidas en la tradición sinóptica. Los caminos de antes y después de pascua se entrecruzan también aquí. Por eso debemos relacionar e implicar los textos aunque tengan perfiles y acentos distintos. Todos hablan de la misma seducción que avoca a la misma libertad: dejarlo todo para compartir su obra.

2. No llevéis alforja ni cayado para el camino

La pobreza apostólica es el comienzo del camino de la libertad. "*No os procuréis oro, ni plata, ni calderilla en vuestras fajas, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón*" (Mt. 10, 9-10; Mc. 6, 8-9; Lc. 9, 3). "*El que va delante de ellos es el Hijo del hombre que no tiene donde reclinar la cabeza*" (Lc. 9, 38b). A su lado los apóstoles no pueden acumular ni atesorar, ni siquiera poseer. Dos túnicas se usan en una vida confortable y sedentaria. Alforja llevan hasta los mendigos que recogen limosna y la guardan para mañana. Ellos van con aquel que es la absoluta gracia, el signo profético de la gratitud convertida en gratuidad.

No deben preocuparse por la vida con la preocupación que preocupa a todos en el mundo. ¿Qué vamos a comer? ¿Con qué nos vamos a vestir?

“Mirad las aves del cielo... Vuestro Padre celestial las alimenta... Mirad los lirios del campo... Dios así los viste”. “Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo esto” (Mt. 6, 26-28-30-32 p). Ellos deben estar con él, sostenidos como niños del cuello de su Padre. Está El, El les ama y les sostiene. Lo importante es dedicarse a la justicia de su reino (Mt. 6, 33).

Es posible andar errantes. Sin bolsa y sin techo. Como vuelan las aves del cielo. Al lado de El, se ven amados del Padre con el amor mismo con que a él le ama, y de esta experiencia viva les nace la confianza infantil y enloquecida. ¿Para qué cerrar las manos? ¡Qué pronto se hacen pobres los que así se sienten amados del Padre junto a él! La libertad de las cosas, la “nada” de los bienes no es, pues, tanto el empeño de vaciarse las manos para llegar a ser uno mismo, o para conseguir el camino logrado del seguimiento. La pobreza nace de la bienaventuranza inmensa que es El mismo. El tesoro del reino, encontrado en él, en su mesa y en su camino hace que, llenos de alegría, los apóstoles ya no necesitan más después de haberle conocido (Mt. 13, 44). Es así la experiencia de la inmensa alegría suya la que les adentra a los apóstoles en el gozo de la altísima pobreza.

Nuestra pobreza consagrada es una pobreza apostólica por causa de la misión del evangelio. Los presbíteros *“siéntanse invitados a abrazar la pobreza voluntaria para asemejarse más claramente a Cristo y estar más dispuestos para el ministerio sagrado. Porque Cristo, siendo rico se hizo pobre por nosotros para que fuéramos ricos con su pobreza”. “Guiados, pues, por el Espíritu del Señor que ungió al Salvador y le envió a evangelizar a los pobres, los presbíteros y lo mismo los obispos, mucho más que los restantes discípulos, eviten todo cuanto pueda alejar de alguna forma a los pobres, desterrando de sus cosas toda clase de vanidad”* (PO. 17).

3. El que ama más a su padre que a mí, no es digno de mí

La senda de la libertad para el seguimiento, avanza en el celibato consagrado. *“El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí”* (Mt. 10, 37; cf. Lc. 14, 26). El Señor camina en el encargo del reino, rompiendo las relaciones más entrañables de la sangre (cf. Lc. 9, 59-60), para recrearlas y ensancharlas a mayor hondura en la nueva fraternidad que surge en torno a él (Mc. 3, 31-35). Para mostrar la inmensa misericordia del Padre a todos, no se debe a nadie que pueda arrancarle la libertad de darse por entero a todos y siempre.

A su lado, el Señor pide a los apóstoles que rompan con su familia para disponerse a otra familia innumerable donde se reúnan definitivamente como en una red, todos los hijos dispersos por el mundo (Mc. 1, 16-20).

Era un don lo que ofrecía. Lo ofrece antes de pedirlo. El don de la fraternidad universal en torno a la mesa del reino, al que nos disponemos y respondemos, rompiendo con todo amor que encierre dependencia o esclavitud. El amor que posee y necesita al que amo, no es el amor de la nueva creación que él ofrece. Por eso llama a acoger su amor exclusivo, escandalosamente exclusivo, que es al tiempo absolutamente incluyente (cf. Lc. 9, 59-60).

Ser hermanos, padres y madres de todos es un camino de gracia que sólo se puede recorrer cuando en el Hijo llegamos a conocer al Padre de las misericordias, al único que podemos llamar Padre sin que nos apropiemos ni nos separemos de ningún hermano y de ninguna criatura (cf. Mt. 23, 9; Ef. 4, 6). Al lado de Jesús, el Primogénito de muchos hermanos y de toda la creación, se alcanza a experimentar esta inmensa fraternidad ("*inmensus Pater*") que abre desmedidamente a la fraternidad universal. Es en esta y para esta fraternidad donde se hace posible y gozoso romper las dependencias de la sangre para hacer una nueva comunión familiar en torno a él, desde su gracia. Es un signo de la llegada del Reino de los cielos que con el paso del Señor se ha inaugurado ya por nuestros caminos.

Nuestro celibato consagrado es la virginidad apostólica por causa de la misión del evangelio. "*Los presbíteros, pues, por la virginidad o celibato guardado por el reino de los cielos, se consagran a Cristo de una forma nueva y destacada, se unen a él más fácilmente con un corazón indiviso, se dedican más libremente a El y por El al servicio de Dios y de los hombres. Con más libertad sirven a su Reino y a la obra de regeneración espiritual y con ello se hacen más aptos para recibir ampliamente la paternidad en Cristo*" (PO. 16).

4. El que quiera venirse conmigo, tome su cruz y sígame

La senda de la libertad para el seguimiento nace y se ultima en la obediencia consagrada. En efecto, la libertad de la pobreza y de la virginidad, parte de la obediencia y en ella se consume. "*El que no toma su cruz y me sigue detrás, no es digno de mí*" (Mt. 10, 38). De entre todas las llamadas a la libertad, es ésta, en labios de Jesús, la más profunda y apremiante. La invitación a compartir su obediencia. Los hombres nos somos para darnos. Pero en principio nos somos —en nosotros mismos, para nosotros, con nosotros mismos. Y si nos damos, en principio es para sernos, para logrnos mejor, para satisfacernos más a fondo. Nos importa sobre todo "ganar la vida". Por eso Jesús nos invita a la liberación de su obediencia. "*Si alguno quiere venir detrás de mí, siéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar la vida la perderá; pero quien pierde su vida por mí y por el evangelio, la salvará*" (Mc. 8, 34b-35).

El don de la libertad de la pobreza y la virginidad alcanza su consumación en el éxodo de la obediencia. Es necesario romper con el proyecto de serse a sí mismos, que nos obliga a defendernos y nos cierra a la absoluta disponibilidad. Es el Señor el que inaugura este paso de la senda. El avanza delante de los apóstoles en la gratitud y en la gratuidad, en la total expropiación de la absoluta obediencia al Padre convertida en disponibilidad absoluta para los hermanos. Por eso invita a los apóstoles a romper su proyecto. *'No llevéis ni sandalias ni bastón'* (Mt. 10, 10b; Lc. 9, 3a). Uno se descalza, cuando sube al monte a orar, para estar incondicionalmente disponible a lo que quiera el Señor. Pero ahora hay que bajar al llano y descalzarse, desde esta misma disponibilidad, para hacerse incondicionalmente disponibles a las necesidades de los hermanos. Caminar descalzos, abiertos y enteramente disponibles.

No basta romper con el proyecto. Hay que romper incluso con todo intento de defenderlo. El bastón, cuando se camina por Galilea, sirve para apoyarse y defenderse. Pero al caminar ellos le ven a él siervo obediente e indefenso, que no toma el poder, sino que se ofrece a los golpes de los hermanos para dejar pasar a ellos la gratuidad del Padre. Dejar las sandalias y el bastón para ser signos de la gracia que inaugura la paz escatológica, donde amanece la tierra nueva, en el campo de guerra, manchado por la sangre.

Los apóstoles han de comulgar con él en su obediencia, en su absoluta disponibilidad para poner la mesa entre los frentes, arrancando las cadenas de la tierra y derribando el muro de separación. Para esta obra de liberación y reconciliación hay que tomar sobre los hombros el madero de la cruz donde los hermanos les colgarán y darán muerte en condenación pública e ignominiosa. Así apareció en El y aparecerá en ellos el exceso supremo de la gracia. El corazón pobre e indiviso de los apóstoles entra así a la libertad suprema de su obediencia. Negándose a sí mismos, a su propio proyecto y a cualquier forma de defenderlo y llevarlo adelante, se entregan al Padre en la misma obediencia del Hijo, siervo humilde y expropiado que anticipó ya entre sus manos la tierra de la herencia.

Nuestra obediencia consagrada es, pues, una obediencia apostólica por causa de la misión del evangelio. *"La caridad pastoral urge, pues, a los presbíteros a que, actuando en la comunión de la Iglesia, consagren la propia voluntad por la obediencia al servicio de Dios y de los hermanos, recibiendo con espíritu de fe y cumpliendo los preceptos y recomendaciones del Sumo Pontífice, del propio obispo y de otros superiores; gastándose y desgastándose de buena gana (2 Cor. 12, 15) en cualquier servicio que se les haya confiado, por humilde y pobre que sea". "Con esta humildad y obediencia responsable y voluntaria se asemejan a Cristo, sintiendo en sí lo que en Cristo Jesús, que se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo,... hecho obediente hasta la muerte" (Fil. 2, 7-9) (PO. 15).*

IV. SEREIS MIS TESTIGOS HASTA LOS CONFINES DE LA TIERRA

Jesús ha ofrecido a sus apóstoles su libertad para compartir su servicio. En la senda de este servicio, se van encendiendo de amor, se van santificando (PO. 13). Su santificación radica en su mismo ministerio. Volvemos al evangelio para iluminar esta sencilla afirmación.

“Por su parte, los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado” (Mt. 28, 16). Un monte en Galilea, la tierra de los primeros caminos. Volver al mismo camino. Las huellas de después de pascua, las mismas de antes, porque son sus pies los que continúan el camino. *“Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado”* (Mt. 28, 19-20). Los apóstoles son enviados y autorizados en su misma misión, para su mismo servicio. La misión en servicio es la clave central del apostolado en todo el Nuevo Testamento y así también está recogida en *Presbyterorum Ordinis*.

El Señor Jesús al enviar a sus apóstoles en su misma misión, les toma en su servicio, permanece con ellos y actúa en ellos. Ellos son los portadores de su servicio, pues existen desde El y caminan con El, en la unidad del Espíritu Santo. Son siervos de Cristo Jesús (Fil. 1, 1). Siervos del siervo Jesús. Servicio que nace de su amor y que consiste en su amor (2 Cor. 3, 8). Pero su servicio lleva consigo un poder. Es una diakonía con exousia. *“Les dio poder”* (Mt. 10, 1). Ellos tendrían la exousia del derecho santo, *“ese poder nuestro que el Señor nos dio para edificación nuestra”* (2 Cor. 10, 8; 13, 10). Un poder que no tiene nada que ver con el dominio del mundo. Es la actuación de la fuerza de la primacía de su Amor que se da en indicativo y exhorta a que se acoja en imperativo. La soberanía de su gracia en la nueva creación. Pero, ¿cómo realizar su mismo servicio encargado con esta autorización? En sus mismas sendas.

1. El servicio de convocar a los hermanos

Jesús es el heraldo que va pregonando el reino del Padre. Hijo del Amor es la Palabra en la que el Padre se dice y se da enteramente a sí mismo, la palabra última y total (Heb. 1, 1). Ahora se ha hecho a los caminos del mundo a buscar a los hermanos, llamándolos, convocándolos con la palabra que El mismo proclama y es. *“Proclamando el evangelio de Dios: El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se acerca; convertíos y creed en el evangelio”*. *“Y recorría Galilea predicando”* (Mc. 1, 39; Lc. 4, 43-44). Los apóstoles, con El y en El, serán también profetas y heraldos del evangelio. *“Id proclamando que el reino de los cielos está cerca”* (Mt. 10, 7; Mc. 3, 14b; 6, 12; Lc. 9, 2). Y ahora, consumado el evangelio y definitivamente aparecido, les hace el mismo encargo. *“Id por todo el*

mundo y proclamad el evangelio a toda la creación" (Mc. 16, 15). "Se proclamará esta buena noticia del reino en el mundo entero para dar testimonio a todas las naciones" (Mt. 24, 14; cf. 26, 13).

El evangelio del Reino, en la pascua, se ha convertido en el evangelio de Cristo. El grupo de los apóstoles prestará la voz, pero El será la palabra. Los Hechos de los apóstoles son la carrera gloriosa de la palabra; palabra viva que crece, se multiplica y se consolida. El "camino" es la historia de la palabra que El va proclamando con ellos en la fuerza del Espíritu Santo. Los apóstoles, portavoces de la palabra, mensajeros que dejan pasar el mensaje, heraldos que en la publicidad del mundo aclaman al Señor, cuyo señorío se ha inaugurado para bienaventuranza de todos los hombres y de todas las criaturas. Es Cristo quien habla en ellos. Es El mismo quien se da al decirse. "Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios os exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os aplicamos. ¡Reconciliaos con Dios!... Ahora es el día de la salvación" (2 Cor. 5, 20-21; 6, 2).

"*Id y haced discípulos*" (Mt. 28, 19). La proclamación va destinada a atraer a los hermanos al Señor, convocándolos para la conversión, que los convertirá en discípulos en la comunidad del seguimiento. "¿*Quiénes son mi madre y mis hermanos?*" Para responder a esta pregunta "extendió la mano hacia los discípulos" (Mt. 18, 48-50). Ser discípulo es ser hermano de Jesús, entregado con El a la voluntad del Padre, para vivir en su fraternidad y hacer su camino compartido.

El Señor, por la palabra de sus apóstoles convierte y convoca. Ellos son su voz (1 Tim. 4, 11-13; 2 Tim. 4, 5; Tit. 1, 9), pero el Señor dice la palabra. La palabra en la comprensión bíblica no es la verbalización del pensamiento, sino la entrega del secreto del corazón. La palabra es amor. La palabra viva del Padre (1 Ped. 1, 23; Hech. 6, 7; 12, 24) es su Hijo entregado, toda su gracia, y toda su fidelidad. El Amor en la palabra. La palabra es Espíritu Santo. Por la palabra pasa el fuego al corazón de los hermanos. Es, pues, la palabra la que realiza el milagro de la conversión, al ser acogida en el corazón y confesada con los labios. "Cerca de ti está la palabra: en tu boca y en tu corazón, es decir, la palabra de la fe que proclamamos. Pues si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó, te salvarás. Pues con el corazón se cree para la justicia y con la boca se confiesa para la salvación" (Rom. 10, 8b-10; 10, 17).

La palabra que convierte y convoca, congrega en la Iglesia del Señor. La fe es obediencia, confiarse a El, darse a El, someterse a El. La "obediencia de la fe" abre a los hermanos por el bautismo a la comunidad del amor, para el camino de la esperanza. Los hermanos que la acogen partido el corazón y dejan que el Señor les abrece en el bautismo, compartiéndoles su Espíritu, para que atraviesen la pascua con él, vienen a la mesa del Señor, donde está la Iglesia, la comunidad de sus hermanos. Iglesia del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Hech. 2, 37-41).

Los presbíteros haciendo las veces de Cristo cabeza y Pastor, reúnen la familia de Dios como una fraternidad (LG. 28). Por medio de la palabra ayudarán a los hermanos a vivir como hijos con El, en la obediencia, acompañándoles a la experiencia viva de la oración. Al tiempo que también, mediante la palabra, les ayudarán a vivir como hermanos con El en su servicio, acompañándoles a la experiencia viva de la fraternidad. Pero la palabra que han de enseñar a otros, han de escucharla cada día y acogerla en sí mismos, haciéndose así discípulos del Señor, cada vez más perfectos. *"Pensando cómo podrán comunicar mejor lo que ellos han contemplado, saboreando más a fondo las insospechables riquezas de Cristo (Ef. 3, 8) y la multiforme sabiduría de Dios. Teniendo presente que es el Señor quien abre los corazones, y que la excelencia no procede de ellos sino del mismo Dios, en el momento de proclamar la palabra se unirán más íntimamente a Cristo Maestro y se dejarán guiar por el Espíritu. Así, uniéndose con Cristo, participan de la caridad de Dios, cuyo misterio oculto desde los siglos ha sido revelado en Cristo"* (PO. 13).

2. El servicio de congregar a los hermanos

Las gentes que le oyeron vinieron a El de todos los pueblos y aldeas. Hacen corro en torno a El. El los sienta a todos a la mesa grande extendida entre sus manos. En ella les acoge y les allega para salir de nuevo con ellos a los caminos. El signo entra por los ojos. El pueblo en corro grande, los pobres a sus pies. ¿Quién servirá la mesa? ¿El sólo? No. Lo hará con los doce que le prestarán sus manos y su pequeño trozo de pan. *"Tomando los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los iba dando a los discípulos para que ellos se lo fueran sirviendo"* (Mc. 6, 41; Mt. 14, 19). Por las manos de los apóstoles pasa el pan partido, signo del don de sí mismo por la vida del mundo. Por sus manos les allega a su amor y les incorpora a su obra. El con ellos, El en ellos, El por ellos (Mc. 6, 30-44; Mt. 14, 13-24; Lc. 9, 10-17; Jn. 6, 1-13).

El signo se colmó de realidad en la mesa de pascua, en la noche en que fue entregado. Corro pequeños aquella noche. Pero estarán los apóstoles en representación de todo el pueblo. *"Tomad, comed. Esto es mi cuerpo"*. *"Esta es mi sangre de la alianza que es derramada por muchos para el perdón de los pecados"* (Mt. 26, 26-28). También ahora no servirá el Señor solo la mesa. Les pedirá sus manos para continuar entregando el pan y la copa a todos, para siempre. *"Haced esto en memoria mía"* (Lc. 28, 19b). *"Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga"* (1 Cor. 11, 26). Misterio de representación admirable. Hemos sido *"consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, según la imagen de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote"* (LG. 28).

Por manos de los sacerdotes pasa el cuerpo del Señor a manos de los hermanos. En el medio de la mesa hacen las veces de Cristo cabeza, son el icono transparente del Primogénito. Y en torno al pan y la copa congregan a sus hermanos en la fraternidad animada en la unidad del Espíritu (LG. 28; PO. 6). ¿Cómo es posible esto? La unción sacramental en el Espíritu les ha configurado con Cristo sacerdote, de modo que puedan actuar *"in persona Christi"* (LG. 10; PO. 2). Ellos le representan. El mismo se hace presente. El mismo Señor, mediador único, se ofrece por manos de los sacerdotes en nombre de toda la Iglesia en el sacramento del pan y la copa hasta que vuelva (1 Cor. 11, 26; PO. 2). Es El quien se entrega y el entregado. El dador y el don. Por manos de los sacerdotes, se ofrece entregado. *"Cristo, en persona, nuestra pascua y pan vivo que por su carne vivificada y vivificante por el Espíritu Santo"*... da vida a todos los hombres y al mundo entero (PO. 5). Al pasar el cuerpo del Señor a manos de los hermanos, ellos, convocados y congregados son ahora incorporados a su cuerpo inmolado.

Por manos de los apóstoles pasan los hermanos a manos del Señor. *"Todos somos un cuerpo, porque partimos el mismo pan"* (1 Cor. 10, 17). Pasamos a ser el cuerpo del Señor, que comulgamos. Así por manos de los apóstoles el Señor hace que nazca la comunidad, cuerpo del cuerpo partido en la mesa. En el pan y en la copa está el aliento de toda la *"koinonia"*, pues en el aliento del Espíritu Santo los hermanos llegan a ser un Espíritu con El. Pasan a asociarse a su mismo gesto de ofrenda por ellos y a comulgar con El.

En la comunión de su cuerpo, ya no pueden vivir para sí mismos sino para El, primogénito de muchos hermanos y al vivir para El, viven para ellos, apremiados por su mismo amor. Ha nacido la *koinonia*, la comunión que crea la comunidad. De la mesa eucarística parte, pues, la dinámica de la comunión de vida, hasta tener un sólo corazón y una sola alma (Fil. 2, 1-5; Col. 3, 1-15; 1 Cor. 13, 1-7); la dinámica de la comunión de dones, descubriéndolos y poniéndolos al servicio de los demás en la mesa común (1 Cor. 12, 12-17; Rom. 12, 3-8; Ef. 4, 7-16; 1 Pd. 4, 10-12); la dinámica de la comunión de bienes, donde cada uno aporte según puede y recibe según necesite con la mirada puesta en los pobres de cerca y de lejos (Hech. 2, 44-45; 4, 34-35; 2 Cor. 8, 1-15).

Los presbíteros no sólo han sido llamados a convocar. Han sido llamados además a congregar y a incorporar por los sacramentos que manan de la eucaristía. A través de sus manos, El ha querido bautizarles, ungerles, perdonarles, sellar su amor, alentar su pascua, y sobre todo, partirles el pan. Pero este servicio sacramental va destinado a congregar la comunidad, alentando en ella la dinámica de comunión que crea el cuerpo del Señor, partido en la mesa. *"Fraternidad animada en la unidad"* (LG. 28. Cip. Epist. 11, 3). Pero esto lleva consigo hondas exigencias.

"Como ministros sagrados, sobre todo en el sacrificio de la misa, los presbíteros ocupan espiritualmente el lugar de Cristo que se sacrificó a sí

mismo para santificar a los hombres y, por ello son invitados a imitar lo que administran, en cuanto que celebrando el misterio de la muerte del Señor, procuran mortificar sus miembros de vicios y concupiscencias". "Así, mientras los presbíteros se unen con la acción de Cristo Sacerdote, se ofrecen todos los días enteramente a Dios y, mientras se nutren del cuerpo de Cristo, participan con el corazón de la caridad de quien se da a los fieles como pan eucarístico" (PO. 13). Ser pan partido, dejándose ellos mismos también comer, para que todos los hermanos se animen cada día más a ser cuerpo del cuerpo del Señor que parten y reciben.

3. El servicio de conducir a los hermanos

En el oficio de hacer las veces de Cristo, cabeza y pastor, después de convocarlos y congregarlos, los "conducen por Cristo en el Espíritu hacia Dios Padre" (LG. 28). Pasar de la incorporación a la comunidad a la travesía por medio del mundo. Los apóstoles tendrán que edificar la comunidad alentando su presencia misionera en el mundo, hacia la venida del Señor.

"Enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado" (Mt. 28, 20). Jesús, el Hijo obediente, es y continúa siendo el único maestro de la Iglesia para conducirla por el camino de la misión. Pero encarga a los discípulos como portadores autorizados de la predicación y la doctrina. Por eso los apóstoles no son sólo teólogos, sino maestros, presencia y voz del único Maestro. Es posible que les amenace la arrogancia de dejarse llamar "padres", "maestros" y "directores", pero a pesar de todos los riesgos, el Señor les llama no sólo a convocar y congregar, sino a "conducir, enseñando". Es más, el apóstol y heraldo es también maestro con una enseñanza que interpela y discierne, con una autoridad que juzga y ordena para mantener el depósito de la verdad y hacer que ilumine auténticamente el camino (cf. esp. cartas pastorales).

¿Qué habrán de enseñar los apóstoles? Lo mismo que enseñó el Señor. Su camino de amor. La voluntad del Padre que se concentra en el amor consumado, que es la misericordia volcada a todos, sobre todo a los pequeños (Mt. 5, 17, 48 p.). El camino de la nueva justicia, antítesis y plenitud de la ley. Pues en el Hijo se revela por entero, consumando el encargo de amor del Padre. Camino que se realiza en las sendas de las bienaventuranzas de los pobres de corazón, los que tienen hambre y sed de justicia, con alma sencilla y transparente; los que trabajan por la paz con entrañas de misericordia; los que soportan el peso del camino con mansedumbre, alegrándose de ser maltratados y perseguidos por el evangelio (Mt. 5, 1-12; Lc. 6, 20-23).

En la senda del amor habrán de hacer los mismos gestos del Señor y ayudar a los hermanos a que también les compartan. Son los gestos con los que El puso la mesa, para abrir la brecha del camino. "Id proclamando

que el reino de los cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios" (Mt. 10, 7-8a sumario). Lo primero es el señorío de proclamar. El comienza "anunciando el evangelio del Reino" (Mt. 4, 23). Y les encarga a ellos "anunciad diciendo: «ha llegado el reino de los cielos»" (Mt. 10, 7). Efectivamente, les llama para estar con El y "para enviarles a predicar" (Mc. 3, 14). "Y los envió a proclamar el reino de Dios" (Lc. 9, 2). Con la proclamación del evangelio se convoca y se forma el corro de la fraternidad, en torno a El surge la convocación de la Iglesia.

Al sentar a los hermanos a la mesa, El se propone traer a los últimos a su lado, al primer lugar del servicio. Por eso el Señor une a la palabra del evangelio, los signos mesiánicos. El, pasaba "curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo" (Mt. 4, 23b). Y a ellos les dio "poder, para curar toda enfermedad y toda dolencia" (Mt. 10, 1). Les encarga, pues, curar a los enfermos, limpiar a los leprosos y dar vida a los muertos (Mt. 10, 5). Así lo atestigua unánimemente toda la tradición sinóptica. "Los envió a anunciar el reino de Dios y a curar" (Lc. 9, 2). "Ungían con óleo a muchos enfermos y quedaban sanos" (Mc. 9, 13). "Ellos salieron a predicar por todas partes colaborando el Señor con ellos y confirmando la palabra con los signos que les acompañaban" (Mc. 16, 20).

La mesa ya está puesta en el pequeño corro con los últimos a la cabeza, pero ahora hay que atravesar la tierra dominada por el maligno en su señorío de injusticias, de opresión, de mentira y de muerte. El reino que inauguró el Señor, hace irrumpir la nueva creación en un mundo demoniaco y terrible. Por eso El camina "Expulsando demonios" (Mc. 1, 39. cf. Mt. 4, 24b) y llama a los doce "para enviarlos a predicar, con poder de expulsar demonios" (Mc. 3, 14-15). "Y les daba potestad sobre los espíritus inmundos" (Mc. 6, 7), y "echaban muchos demonios" (Mc. 6, 13a). La fuerza del Señor para establecer el reinado de su justicia, de su libertad, de su verdad en el mundo, la comparte a ellos. "Les dio poder sobre todos los espíritus inmundos para expulsarlos" (Mt. 10, 1; Lc. 9, 1) y les dijo: "echad demonios" (Mt. 10, 8b). En el camino de la misión, se dará el combate escatológico frente al señorío del mundo que sale al encuentro como ejército armado por el Fuerte. Pero se trata de convertir la creación entera en el hogar del Padre.

Después de pascua todos los apóstoles habrán de avanzar por el mismo camino. De este modo los presbíteros en unidad de consagración y misión con los obispos, comulgan en el camino apostólico, son responsables de la misión a toda la humanidad, en todo el universo, para que el corro de los hermanos sea cada vez más grande (PO. 6). El Señor por sus manos conducirá a la comunidad entera para que llegue a ser una comunidad misionera. Han de ayudar a los hermanos para que salgan al camino a ofrecer el evangelio a todos los hombres y a todos los cristianos, siendo testigos del Señor hasta los confines de la tierra (Fil. 4, 3; Rom. 16, 3-20; Mt. 5, 13-16; Lc. 10, 1-9; Hech. 8, 4; 11, 19; Jn. 17, 18-26).

Los presbíteros, además, haciéndose pobres con los pobres, se entregarán de modo preferente a dar el evangelio a los pequeños y a curarles las heridas con los signos mesiánicos de Jesús, recreados hoy de nuevo (Cfr. Lc. 4,18; Mt. 25,34-45 [P.O.6] 2.^a Cor. 8,9; Hech. 2,44-47 [P.O.7]).

El Señor por sus manos conducirá a la comunidad entera para que sea una comunidad diaconal. Por eso han de ayudar a los hermanos a que se entreguen al servicio de los pobres, curándoles las heridas de dentro a fuera, trayéndolos a la comunidad de hermanos y convirtiéndolos en los primeros servidores del evangelio (cf. Hech. 3, 1-16; 6, 1-6; Rom. 12, 8; 1 Cor. 12, 23-26; Mt. 25, 34-36; Lc. 7, 22-23; 1 Jn. 3, 14-18).

Por fin los presbíteros, siguiendo las huellas de Jesús, han de comprometerse contra los poderes de este mundo tenebroso, viviendo y acentuando el compromiso por la justicia de Dios en el mundo. Para ello habrán de anunciar proféticamente el evangelio en la situación histórica, ayudando a los hermanos a que descubran su inserción en el mundo y sus deberes con la comunidad humana, entregándose en el Señor al "combate espiritual" (Ef. 6, 10-20). El Señor por sus manos conducirá a la comunidad entera para que sea una comunidad militante en gestos diversos y aunados. Por eso han de acompañar a los hermanos en el camino de la educación y el compromiso por la justicia del Señor que abre las brechas de la nueva creación en el mundo (1 Tes. 5, 4-10; Rom. 13, 11-14; Ef. 6, 10-20; 1 Ped. 2, 9-10; 5, 8-9; Apoc. 13, 1-10).

Los presbíteros, al convocar a los hermanos por los caminos, al congregarlos en la mesa a partir el pan y al conducirlos de nuevo al camino para irradiar el Reino del Padre, dejan pasar por ellos la caridad pastoral. Aquella caridad del Pastor que conoce íntimamente a los hermanos, que va a buscar a todos los perdidos y que avanza en el amor hasta dar la vida por ellos. Nada ni nadie les podrá arrancar de la mano del Pastor que les alimenta y les conduce, que les apacienta y pastorea. Por eso los presbíteros "rigiendo y apacentando el pueblo de Dios, se ven impulsados por la caridad del Buen Pastor a entregar su vida por las ovejas, preparados también para el sacrificio supremo, siguiendo el ejemplo de los sacerdotes, que incluso en nuestros días no rehusaron entregar su vida" (PO. 13).

El cayado del Buen Pastor es la cruz gloriosa, sus pies están descalzos y heridos. No se puede pues comulgar en su amor pastoral si no se comulga en su inmolación hasta la muerte, cuya culminación es el martirio.

Todas las tradiciones del N.T. atestiguan que el camino apostólico es un camino martirial. En medio de la fraternidad y en medio del mundo espera a los apóstoles el dolor y la muerte, para que dejen transparentar en su cuerpo mortal la fuerza de la gracia del Resucitado que se desborda a los hermanos y al universo en la gratuidad para la gratitud. No es el siervo mayor que su Señor. El ha sido herido; también lo tenemos que ser nosotros. Pero al ser heridos en nuestro cuerpo, avanzamos proclamando

el Evangelio. Las heridas en nuestro cuerpo son proclamación del Evangelio. Los heraldos proclaman la victoria del Crucificado con su cuerpo marcado por las marcas de la cruz. Pero no solamente las marcas de la cruz son proclamación; son sobre todo aclamación. Porque la palabra que se hace existencia crucificada no es para ser coherente con la palabra proclamada. Es para dejar que la palabra de la cruz aparezca en toda su fuerza y en toda su transparencia, siendo nosotros humildes iconos de aquel rostro en el que ha aparecido la gloria. De esta forma, al ser nuestras heridas aclamación de la presencia del Señor, son liturgia. Y por tanto, lo que celebramos en la mesa y lo que hacemos en el camino, no es más que la única y admirable liturgia del Evangelio (cf. Rom. 15, 16!) en la cual pasa la gracia para que se desborde la humanidad y el universo en agradecimiento. *"A aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos suplicar o sospechar, a El la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones y todos los siglos. Amén"* (Ef. 3, 20-21).

Marcelino Legido

Comunicaciones:

- J.C.R. GARCIA PAREDES, C.M.F.,
María en la espiritualidad de
los ministros ordenados.
- J. ESQUERDA BIFET, La espiri-
tualidad del sacerdote en el
Vaticano II.
- A. BRAVO, La Palabra de Dios en
la vida del sacerdote.
- I. OÑATIBIA, Espiritualidad sacer-
dotal en los Santos Padres.
- J. LOPEZ MARTIN, Espiritualidad
litúrgica del sacerdote.
- E. ROYON, S.J., Oración y expe-
riencia de Dios en la vida del
sacerdote.
- J. MARTIN ABAD, Celibato consa-
grado.
- G. CAPELLAN, Dimensión misio-
nera.
- F. FERNANDEZ ALIA, La opción
preferencial por los pobres y
la espiritualidad sacerdotal.
- J.M. IMIZCOZ, La relación presbí-
tero-laico.
- I. IGLESIAS, S.J., Los presbíteros
diocesanos y religiosos: rela-
ciones mutuas.
- A. CRESPO, El acompañamiento
espiritual.

Sesión de clausura:

- Síntesis del trabajo de los grupos.
Mons. A. DORADO, Discurso de
clausura.

Apéndice:

- Homilias en las celebraciones del
Congreso
- Documento de trabajo preparatorio
del Congreso: Espiritualidad
sacerdotal y ministerio.